

Celebrando el inicio del V Centenario de Santa Teresas de Jesús

*Sí de inteligencia emocional se tratase... o ¿será
mejor decir de emociones inteligentes...?*

En algún sitio leí u oí que Santa Teresa de Jesús quería a sus monjas profundamente femeninas pero con espíritu viril. ¿Conocía bien Teresa a los hombres y su espíritu? ¿solo quería referirse a la obstinación, terquedad y cierto orgullo de la voluntad para no dar el brazo a torcer ante mujeres mucho más voluntariosas, tenaces y convencidas de sus propósitos y decisiones que habían pensado en su corazón y que sentían en su mente con una emoción y una decisión fuera de lo común...? Sin duda, sería enemiga de las del “por fa...”. Sea como fuere, de fortaleza y ausencia de ñoñerías y blandenguerías quería referirse la santa. Quizá porque tenía a su lado al bueno de San Juan de la +, con esa cierta propensión a la aparente debilidad y calidez, tan poeta él y a quien hoy diríamos “podía manejar” a sus anchas y convencerle de que las cosas no podían seguir igual en el Carmelo y necesitaba el apoyo de Juan para hacer realidad sus anhelos de fidelidad y presencia del Señor Jesús. Una y otro se veían y vivían como contrapuntos necesarios; sino de qué... “aunque las mujeres no somos buenas para el consejo, algunas veces acertamos”, decía no sin socarronería. ¡Vaya que si aciertan!

Decir ahora cualquier cosa que pudiera matizar sus asertivas intuiciones, sería correr el riesgo de ser tildado de... No creo que fueses tú de las feministas al uso; sí de las femeninas al desuso.



Tendremos todo un año para conocerla más, con la esperanza de que no nos saturen y, sobre todo, de que no la tergiversen. Sus frases lúcidas atravesarán este V centenario como dardos certeros del pensamiento y la emoción. Ella no solo fue magnífica escritora –a veces cuesta leerla en ese castellano tan de la época-, sino, desde niña, voraz lectora de libros de caballería y otras lindezas y aventuras interiores. No sé ya si después, decidida a ser fiel a su Señor Jesús, tuvo tanto tiempo para leer en ese trasiego de andariega afanada por fundar y responder a tantas invitaciones como recibía para poner allí a su puñado de monjas que renovasen la vida contemplativa hecha acción apasionada. Con defenderse de los ataques de aquellos “espíritus viriles” (no me vale decir: es otra época, no se puede juzgar con parámetros actuales determinadas actuaciones inquisitoriales y no sé cuántas zarandajas más. No interesaba y punto.) ya tenía de sobra el tiempo de lectura ocupado en descifrar los “monitum” que le llegaban por sus escritos y por sus fundaciones.

“Lee y conducirás, no leas y serás conducido”. Estaba muy claro: no quería ser conducida. “He cometido el peor pecado, quise ser feliz”. Sí, eso no te lo perdonan, Teresa, ni a ti ni a nadie. Y menos en nuestros ámbitos religiosos, tan propensos a darle la vuelta a las bienaventuranzas. No son pocos los empeñados en hacer de esta vida “una mala noche en una mala posada...” y suele darse que los que más utilizan este y otros de tus dardos, saben de la vida muelle.

Miro tus cuadros y reconozco en ellos a algunas amigas que se te parecen en un montón de actitudes y alguna que otra aptitud. Algunas, pocas, son religiosas; otras, recias madres de familia. De ambas es de las que también podría decirse quijotesca: ladran, luego cabalgamos. No ellas, sino sus detractores caninos. Ellas van por donde, como tú, creen que han de ir y al trote que la vida les marca. Saben de las “moradas” y de pasarlas ídem. Actúan como tú, con determinada determinación. Saben de amor y humor, de enfadados y ternuras, de darse sin medida y no retener nada para sí.

Un amigo, que me quiere bien, me envía estos tres sonetos. Son de Antolín Iglesias Páramo. También he tenido que entrar en internet para saber algo más de él, aunque ya había leído alguno de sus poemas. Verás, Teresa, que Antolín también tiene cara de buena persona. La visión fisiognómica es importante.

Bajarse al Moro

Piensa, ella también, bajarse al moro.
Osada, ha puesto precio a su cabeza,
pues piensa que si él la descabeza,
va a tener en las manos un tesoro.

Y no solo lo piensa, en su foro,
pensar, querer, hacer, son una pieza.
Aunque niña, acomete la proeza,
y no la empaña el fallo ni su lloro.

Cabeza clara, corazón ardiente,
en acción pies y manos permanente,
aparejada así va por la vida.

Pero lo eterno apremia y se adelanta,
se introduce en el tiempo y lo atiranta,
y entre arrobos y acción va dividida.



Una Vida Centrada

Pasabas mala noche en la posada
tú, fémina andariega, un día cualquiera.
La noche que da fin a una jornada
y es imagen de la vida entera.

Pero quedaste al fin bien asentada,
compañero sentimental te espera.
Él es tu centro, hacia Él vas imantada,
y el trajín ni te turba ni te altera.

“Si no estuvieran hechos, por ti haría
los cielos”. Oíste ese requiebro un día,
y lo sigues gustando allá en tu alma.

La noche está serena y nos serena
aunque va desbocada y no se frena.
Tú, en tu ir y venir, destilas calma.



Jesús de Teresa



Antolín Iglesias Páramo

Le llamas Majestad porque te espanta
ese Dios que en tu mente has concebido.
Te rompe su tamaño desmedido,
te desconcierta maravilla tanta.

Aumenta tu estupor y se levanta
a delirio sabroso y consentido
cuando ves que de amor te ha requerido,
y a pedirte la mano se adelanta.

Su trato te confunde y enloquece,
te exalta, te rebaja, te engrandece,
predilecta, plebeya, favorita.

Junto a tu nombre en la tarjeta leo
“Jesús de Teresa”. Ese alias, creo,
ante el cielo y la tierra te acredita.

Muchas veces oí en el convento de Salamanca que cuando te ibas a confesar allí, le decías a Domingo de Soto, el prior, o a Báñez, que porqué los dominicos predicaban tanto sobre el misterio de la Encarnación y no hablaban más de Dios, del Dios Amor, del Dios etéreo, un tanto vago e impreciso de la teología (tú no decías esto, claro). “No hay que menester alas para ir a buscar a Dios, sino ponerse en soledad y mirarle dentro de sí”. Propendías ya a la mística volatinera. Ellos te hicieron entrar en razón para que comprendieses lo que es la realidad del Jesús-Dios encarnado, hecho hombre. Llegaste a entenderlo muy bien. “El amor de Dios no ha de ser fabricado en nuestra imaginación, sino probado por obras, tardarías poco en escribir y en decirles a tus monjas. “De devociones absurdas y santos amargados, líbranos, Señor. No son buenos los extremos, aunque sea en la virtud”. No creas que han cambiado muchos las “cosas” estas de la espiritualidad acendrada, no...

